

XIII domingo de Tiempo Ordinario

Los domingos XIII a XXIV de tiempo ordinario son los domingos de verano, en los que no hay reuniones de Vida Ascendente. Por tanto, los comentarios de este tiempo no seguirá el esquema habitual, propio de las reuniones, sino un esquema tripartito con una reflexión desde la Palabra de Dios, un texto del Papa Francisco y una oración que pueda servir de meditación para los lectores.

- **Sab 1, 13-15; 2, 23-24.** Por envidia del diablo entró la muerte en el mundo.
- **Sal 29. R.** Te ensalzaré, Señor, porque me has librado.
- **2 Cor 8, 7. 9. 13-15.** Vuestra abundancia remedia la carencia de los hermanos pobres.
- **Mc 5, 21-43.** Contigo hablo, niña, levántate.

1. Desde la Palabra de Dios

Jesús sigue predicando el Reino de Dios. Ha hablado en parábolas, ha ido a la otra orilla calmando la tempestad, ha predicado y expulsado demonios en tierra de paganos —el episodio del endemoniado de Gerasa se reserva para otro momento en la *lectio* litúrgica— y, de nuevo en tierra de judíos, san Marcos nos muestra dos milagros entrelazados en el tiempo: la resurrección de la hija de Jairo y la sanación de la hemorroisa.

Jairo, el jefe de la sinagoga pide ayuda a Jesús, pues su hija se está muriendo. Jesús va con él y una multitud de gente lo acompaña, empujándolo por todas partes porque todos quieren estar cerca de Jesús cuando vaya a realizar el milagro.

Es interesante contemplar el contraste entre esta gente hambrienta de la palabra y de la persona de Jesús con lo que rodea a Jairo y a su sinagoga: enfermedad, y no solo una niña a punto de morir; también la ley —entendida como lo hacían los escribas y sacerdotes—, los sacrificios, el culto debido a Dios están moribundos —recordemos que el Evangelio de Marcos se escribe mientras el templo se está destruyendo en Jerusalén.

Jesús ha venido a comenzar algo nuevo; el Reino está presente en la persona de Jesús, pero los judíos representados por la sinagoga no han creído en él.

Mientras acompaña a Jairo, una mujer de entre el gentío, una mujer impura según la Ley, pues quien sufría hemorragias era considerado impuro (Lev 15,25-27), se acerca a Jesús y le toca por detrás con la fe puesta en él y con la esperanza de curarse. Esta mujer representa al pueblo fiel y sencillo que sigue las indicaciones de los maestros de la ley, los fariseos y los escribas, sin cuestionarse mucho. Pero será Jesús quien cambie su vida no por la Ley,

sino por la fe. La fe en Jesús es lo que salva al Pueblo y no la práctica sin sentido.

Una vez que Jesús hace descubrir a la mujer y a la muchedumbre que le rodea que es la fe la que salva, llegan a casa de Jairo —no a la sinagoga, la institución moribunda—, y se encuentran con otra muchedumbre, la que prefiere “no molestar” al Maestro porque ya no hay nada que hacer, porque la muerte ha arrebatado a la niña.

Pero Jesús, que no ha venido a abolir la ley, sino a darle plenitud, vuelve a invitar a la fe. El relato de la resurrección tiene claras alusiones al Cantar de los Cantares y al banquete de bodas. La muchedumbre está llorando y gritando de dolor. Cómo llorar cuando el Novio está presente, cuando el Novio ha ido a buscar a la novia a su casa. Ese Novio que en el Antiguo Testamento era Dios y esa novia que era el Pueblo de Israel que será desposada. En la nueva y eterna alianza el Novio se hace presente, con los amigos del novio —Pedro, Santiago y Juan, que serán los mismos que le acompañen en sus *desposorios* con la Iglesia en el Tabor y en Getsemaní—, y al llegar a la casa pide a la madre y al padre que le acompañen para encontrarse con la novia. El término que utiliza Marcos para referirse a la hija de Jairo y que nosotros traducimos como *niña*, se refiere a la que ya está en edad casadera —más adelante nos dirá que tenía doce años, la mayoría de edad marcada por la ley para ser desposada—.

Jesús, en ese “rito nupcial”, la toma de la mano y le dice en arameo *Talitha qumi*, que literalmente significa: muchacha, ven a mí. Jesús está invitando a Israel, personificada en esta muchacha, a adherirse a él, a creer en él, a unirse íntimamente a él. Al final, el pueblo creyente en Jesús, celebra el banquete de bodas: «*dadle de comer*».

2. Desde el corazón de la Iglesia

Queridos hermanos y hermanas, ibuenos días!

El Evangelio de hoy presenta el relato de la resurrección de una niña de doce años, hija de uno de los jefes de la sinagoga, el cual se echa a los pies de Jesús y le ruega: «Mi niña está en las últimas; ven, impón las manos sobre ella, para que se cure y viva» (Mc 5, 23). En esta oración vemos la preocupación de todo padre por la vida y por el bien de sus hijos. Pero percibimos también la gran fe que ese hombre tiene en Jesús. Y cuando llega la noticia de que la niña ha muerto, Jesús le dice: «No temas, basta que tengas fe» (v. 36). Dan ánimo estas palabras de Jesús, y también nos las dice a nosotros muchas veces: «No temas, basta que tengas fe». Al entrar en la casa, el Señor echa a la gente que llora y grita y dirigiéndose a la niña muerta

dice: «Contigo hablo, niña, levántate» (v. 41). Inmediatamente la niña se levantó y echó a andar. Aquí se ve el poder absoluto de Jesús sobre la muerte, que para Él es como un sueño del cual nos puede despertar.

En el seno de este relato, el evangelista introduce otro episodio: la curación de una mujer que desde hacía doce años padecía flujos de sangre. A causa de esta enfermedad que, según la cultura del tiempo, la hacía «impura», ella debía evitar todo contacto humano: pobrecilla, estaba condenada a una muerte civil. Esta mujer anónima, en medio de la multitud que sigue a Jesús, se dice a sí misma: «Con sólo tocarle el manto curaré» (v. 28). Y así fue: la necesidad de ser liberada la impulsó a probar y la fe «arranca», por así decir, la curación al Señor. Quien cree «toca» a Jesús y toma de Él la gracia que salva. La fe es esto: tocar a Jesús y recibir de Él la gracia que salva. Nos salva, nos salva la vida espiritual, nos salva de tantos problemas. Jesús se da cuenta, y en medio de la gente, busca el rostro de aquella mujer. Ella se adelanta temblorosa y Él le dice: «Hija, tu fe te ha salvado» (v. 34). Es la voz del Padre celestial que habla en Jesús: «¡Hija, no estás condenada, no estás excluida, eres mi hija!». Y cada vez que Jesús se acerca a nosotros, cuando vamos hacia Él con fe, escuchamos esto del Padre: «Hijo, tú eres mi hijo, tú eres mi hija. Tú te has curado, tú estás curada. Yo perdono a todos, todo. Yo curo a todos y todo».

Estos dos episodios —una curación y una resurrección— tienen un único centro: la fe. El mensaje es claro, y se puede resumir en una pregunta: ¿creemos que Jesús nos puede curar y nos puede despertar de la muerte? Todo el Evangelio está escrito a la luz de esta fe: Jesús ha resucitado, ha vencido la muerte, y por su victoria también nosotros resucitaremos. Esta fe, que para los primeros cristianos era segura, puede empañarse y hacerse incierta, hasta el punto que algunos confunden resurrección con reencarnación. La Palabra de Dios de este domingo nos invita a vivir en la certeza de la resurrección: Jesús es el Señor, Jesús tiene poder sobre el mal y sobre la muerte, y quiere llevarnos a la casa del Padre, donde reina la vida. Y allí nos encontraremos todos, todos los que estamos aquí en la plaza hoy, nos encontraremos en la casa del Padre, en la vida que Jesús nos dará.

La Resurrección de Cristo actúa en la historia como principio de renovación y esperanza. Cualquier persona desesperada y cansada hasta la muerte, si confía en Jesús y en su amor puede volver a vivir. También recomenzar una nueva vida, cambiar de vida es un modo de resurgir, de resucitar. La fe es una fuerza de vida, da plenitud a nuestra humanidad; y quien cree en Cristo se debe reconocer porque promueve la vida en toda situación, para hacer experimentar a todos, especialmente a los más débiles, el amor de Dios que libera y salva.

Pidamos al Señor, por intercesión de la Virgen María, el don de una fe fuerte y valiente, que nos empuje a ser difusores de esperanza y de vida entre nuestros hermanos.

(Papa Francisco. Angelus, 28/06/2015)

3. Desde el fondo del alma

Primicias son del sol de su Palabra
las luces fulgurantes de este día;
despierte el corazón, que es Dios quien llama,
y su presencia es la que ilumina.

Jesús es el que viene y el que pasa
en Pascua permanente entre los hombres,
resuena en cada hermano su palabra,
revive en cada vida sus amores.

Abrid el corazón, es él quien llama
con voces apremiantes de ternura;
venid: habla, Señor, que tu palabra
es vida y salvación de quien la escucha.

El día del Señor, eterna Pascua,
que nuestro corazón inquieto espera,
en ágape de amor ya nos alcanza,
solemne memorial en toda fiesta.

Honor y gloria al Padre que nos ama,
y al Hijo que preside esta asamblea,
cenáculo de amor le sea el alma,
su Espíritu por siempre sea en ella. Amén.